

El pretexto de Lauro Zavala

Lauro Zavala (ed.)

El dinosaurio anotado. Edición crítica de "El dinosaurio" de Augusto Monterroso

Alfaguara/UAM-X, México, 2002, 135 págs.

Óscar de la Borbolla

Siempre me ha maravillado la fecundidad que tienen ciertas obras. Por ejemplo, el sólo imaginar la cantidad de palabras, de libros enteros, de bibliotecas infinitas que ha provocado la filosofía presocrática me da vértigo.

Alguna vez intenté calcular el número de árboles que habían tenido que sacrificarse para las ediciones del *Don Quijote* en las distintas lenguas, y también para sus comentaristas de toda laya, y llegué a la conclusión de que Cervantes ha sido el responsable de la tala de 27 veces los bosques completos de Canadá. Hay textos que provocan otros textos, que desatan una epidemia cancerígena de textos.

Así, aunque hay muchas cosas que se escriben y llegan hasta ahí sin conocer el día de mañana ni el contagio, las hay también que se convierten en *pretextos*, pretextos en sentido literal, o sea, en textos anteriores a un texto posterior. Esta suerte de volverse pretexto la ha tenido el cuento "El dinosaurio" de Augusto Monterroso. Siete palabras tan sólo ("Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí"), cuya glosa, comentario, imitación, remodelación, ping-pong verbal o como se le quiera llamar, ya ha producido un libro. O más exactamente, quien lo produjo fue Lauro Zavala, o mejor aún, su manía integradora. Por ello, permítaseme desenfocar el multicomentado "Dinosaurio" de Monterroso y hacer un *close-up* a un aspecto de Lauro; no a Lauro, totalidad compleja donde despuntan muchas aristas: crítico, cinéfilo, investigador, ensayista, biógrafo de la vida académica, etcétera, sino a su manía compiladora. Una manía poco estudiada, si la comparamos con "El dinosaurio". Y como éste, también generadora de muchísimos textos. Al parecer, también la manía es un pretexto. ¿Cuántas antologías ha hecho Lauro Zavala? Ni sus editores lo saben. Porque, además de su obra personal, esa manía compiladora (de la que muchos nos hemos beneficiado) ha hecho de Lauro un antólogo confiable (véase como muestra su *Antología de cuentos mínimos*, donde hasta algunos escritores malos, ahí recogidos, están presentes con un buen texto. Eso sí que es saber encontrar).

Cuando pienso en Lauro me lo imagino como un coleccionista y un ordenador desaforado. Me parece un Aristóteles del siglo XXI. Porque a Lauro sólo le falta un pupilo como Alejandro el Magno que le envíe plantitas de las tierras que conquista para que reinvente la botánica. Y es que, como el estagirita, tiene una manía clasificatoria que requiere de materiales que ordenar. Materiales que él mismo ha de allegarse con voraz apetito de superlector, aunque ahora en este *Dinosaurio anotado* agradece a dos de sus becarias, Mariana Islas y Neri Azucena Saavera, su apoyo en la fase final de su investigación.

Esta manía hace que el universo caótico y variado de la producción literaria, ese alud de obras de Chile, de mole y de dulce que se desbancan en la mesa de novedades de las librerías, sean primero leídas por Lauro; segundo, clasificadas; tercero, seleccionadas, y cuarto, republicadas con un sesudo estudio preliminar que permite a los lectores paladear, de veras, *la crème de la crème* de la literatura hispanoamericana contemporánea.

En esta ocasión, en *El dinosaurio anotado*, además del texto íntegro de "El dinosaurio" de Monterroso, Lauro compila las mejores variaciones que se han hecho de ese cuento; otros cuentos muy buenos acerca de dinosaurios; ensayos en los que se menciona o estudia el cuento de Monterroso; entrevistas hechas a Monterroso, un fragmento del diario de Monterroso; dos testimonios de cómo se le ocurrió el cuento a Monte-

roso y, finalmente, la versión autográfica del cuento firmada por el propio Monterroso. Cuando uno termina de leer esta antología, el dinosaurio todavía sigue ahí: en la portada.

Más allá del valor literario de los textos reunidos (y que es potenciado por la reunión), hay dos asuntos que se desprenden de esta obra y que estimulan mi curiosidad; uno ya lo he mencionado: la suerte que tienen ciertos textos de generar otros y, el segundo, la brevedad.

Quisiera referirme brevemente a este último. Decía Baltasar Gracián en su *Arte de la prudencia* que lo breve y bueno es dos veces bueno, y lo breve y bueno de esta frase es su propia autopruueba. Sin embargo, valdría la pena extender un poco el apotegma de Gracián para intentar entender mejor lo que ocurre con la brevedad.

En primer término lo breve y bueno no es dos veces bueno a propósito de cualquier cosa. Algunos sin duda pensarán que el amor o la vida duplican su bondad cuando, además de buenos, son breves. Yo prefiero el amor bueno y largo, y la vida no demasiado larga. Gracián, obviamente, no se refería con su frase a cualquier cosa, sino a textos, a los discursos y, aunque en muchos casos puede tener razón, a mí, al menos, no me parecerían mejores ciertas obras buenas si fuesen más breves.

¿Dónde está entonces lo bueno de la afirmación de Gracián si no vale para todo y tampoco vale para todos

los textos? Creo que más que buena es simpática: hay un contexto emocional desde que la cargamos de más verdad de la que porta. A todos nos disgustan los discursos ampulosos, y la frase de Gracián sirve para callar, ridiculizar, poner en su sitio al que nos endilga un rollo. Más que verdadera es simpática.

No todo lo parco es bueno y no todo lo bueno es parco. ¿Dónde está, entonces, la proporción atinada? Dice mi maestra Helena Beristáin que la gracia de la retórica es que carga de más significado al significante, que se añade un plus de significado. Es probable que la brevedad haga un trabajo parecido, pues al ahorrarse con ella, por lo menos los detalles, quien lee o escucha un texto bueno y breve siente que el textito dice algo más. Pero no porque el autor se haya quedado corto, sino porque en esa cortedad consiguió "meter" más de lo que realmente metió, o en otras palabras: *dijo más de lo que dijo porque no lo dijo*. Y entonces quien lo dice es el otro, el interlocutor, el que se siente invitado, motivado a desenvolver, a parafrasear, a imitar, a continuar lo bueno y breve.

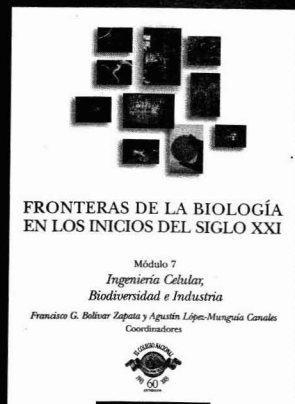
Si esto es correcto, explicaría en parte el otro asunto que me inquieta: la trascendencia que ha tenido el cuento de Monterroso. Y digo en parte porque también mi abuela tenía frases ocurrentes y Lauro Zavala no le ha dedicado un libro. Pero éstos son ya otros misterios. ●

Fronteras de la biología en los inicios del siglo XXI

Módulo 7: Ingeniería Celular, Biodiversidad e Industria

Francisco G. Bolívar Zapata y Agustín López-Munguía Canales (coords.)

El Colegio Nacional, México, 2003, 160 págs.



El término de ingeniería celular involucra la intención del ser humano de aprovechar de manera óptima la maquinaria celular para su beneficio, y la historia de las aplicaciones a nivel industrial de la biología da cuenta de numerosos ejemplos exitosos de ello. Hasta bien avanzado el siglo XX estos ejemplos tenían una característica común: todos estaban basados en el uso de agentes químicos o físicos mutagénicos y en técnicas creativas de aislamiento y selección que permitiesen aislar, identificar y modificar microorganismos con capacidades superiores para lograr un cierto objetivo.

Hoy, en los inicios del siglo XXI, reconocemos en el término "ingeniería celular" una evolución del término "biotecnología" en el que la genética y el perfil metabólico del "ente biológico" en el que está basado un bioproceso es sujeto de control, a medida que se avanza en su conocimiento y caracterización.

Con este módulo se pretende mostrar el avance y potencial de la biología moderna y de la biotecnología en el desarrollo de esta nueva industria, cada vez más respetuosa del medio ambiente.